

eminencia, vimos, llenos de terror, una partida de indios que evidentemente seguía la pista á una presa cualquiera, hombre ó caza. Lo mas prudente en aquel momento era dar la vuelta al otro lado de la montaña y regresar á nuestra madriguera; y fuimos bastante afortunados para ejecutar este movimiento de retirada sin ser vistos.

Agazapados, por decirlo así, en nuestro escondrijo durante dos dias, y temiendo ser descubiertos y acometidos de un momento á otro por un enemigo salvaje y cruel, nos vimos en breve nuevamente acosados por el hambre. Obligados al tercer dia á hacer una salida para renovar nuestras tentativas de caza, recobramos aliento y esperanza al matar á corta distancia una cierva de hermoso aspecto. Cargábala ya sobre mis hombros, cuando los indios, muy numerosos aquella vez, salieron como por encanto de todas las desigualdades del terreno, y entregándose á una alegría feroz, prorumpiendo en gritos guturales y blandiendo sus lanzas, sus bolas y sus lazos, nos cercaron por todas partes. Nada puede haber mas singularmente triste que el aspecto de aquellos seres medio desnudos, montados en fogosos caballos que manejan con salvaje destreza; que el atezado color de sus robustos cuerpos, y su espesa y desaliñada cabellera, que les caía sobre el rostro, dejando entrever á cada uno de sus bruscos movimientos un innoble conjunto de facciones repugnantes, á las que la añadidura de algunos chillones colores imprimía una expresión de infernal ferocidad. El éxito de una lucha entre nosotros y aquella horda no podía ser dudoso: faltos de toda esperanza, y viendo cercana la muerte, nos estrechamos la mano exhortándonos mutuamente á una enérgica y comun defensa, é hicimos fuego sobre los enemigos que mas próximos teníamos. Uno de ellos resultó herido; pero su caída no detuvo á sus compañeros, que se agruparon en masa contra nosotros; y mi pobre compañero, acribillado de heridas y arrollado por el número, cayó para no volver á levantarse.

Por mi parte, vivamente estrechado, acababa de recibir una lanzada que me atravesó el antebrazo, cuando una de aquellas bolas de piedra (*locayo*), que sujetan á la estremidad de una larga correa, me dió de lleno en la cabeza y me hizo rodar exánime por el suelo. Recibí además otras heridas y contusiones; pero ningun conocimiento tuve de ello hasta que al salir de mi desvanecimiento intenté levantarme y no pude conseguirlo. Los indios que aun me rodeaban, viendo mis movimientos convulsivos, se disponían á ponerles término, quitándome la vida; pero, creyendo uno de ellos que un hombre que tanta resistencia oponía á la muerte sería un esclavo muy útil, se negó al designio de sus compatriotas. Después de despojarme por completo, me ató las manos

por detrás de la espalda; luego me puso sobre un caballo tan desnudo como yo, y me sujetó fuertemente á él por las piernas. Entónces empezó para mí un viaje verdaderamente terrible, y renové, á siglo y medio de intervalo y en la otra estremidad del mundo, la espantosa carrera de Mazeppa. La pérdida continúa de sangre me causó una serie de agónias y desfallecimientos, durante los cuales me ví traqueteado á un lado y otro, á manera de fardo inerte, al galope desenfrenado del caballo montaraz que agujoneaban sus bárbaros dueños. ¿Cuánto tiempo duró este suplicio? No puedo decirlo. Lo único de que conservo memoria es que al fin de cada dia me ponían en el suelo sin desatar me las manos, pues los indios temían sin duda que, á pesar del lamentable estado en que me hallaba, hiciese alguna tentativa de fuga ó suicidio.

Durante todo aquel viaje, que me pareció una eternidad, nada comí, aunque los indios me ofrecían de tiempo en tiempo algunas raíces. Al llegar al campo de la horda, lugar de nuestro destino, me quitaron al fin las fuertes ligaduras que me habían torturado los pies y las manos de tal manera que para nada podían servirme. Incapaz de moverme, permanecí tendido en el suelo en medio de mis raptos: hombres, mujeres y niños me contemplaban con una curiosidad salvaje, sin que ninguno de ellos pensara en proporcionarme el menor alivio. Solo al llegar la noche me presentaron el alimento; pero ni sentía la necesidad de acercarlo á la boca, ni menos aun tenía fuerzas para ello, pues era carne cruda de caballo, principal alimento de aquellos nómades.

La noche que á esto siguió me abrumó con un mundo de pensamientos; en mi insomnio había tenido siempre presente la desastrosa muerte de mi camarada, y formaba mil opuestas conjeturas respecto del destino que me reservaban los indios. Lo que se me presentaba como mas probable era que me reservaban para algun suplicio solemne. No obstante, nada de esto ocurrió, pues sin tener la mas pequeña compasión á mis sufrimientos, de los que se reían, me dejaron por algunos dias sin exigirme nada. De este modo pude dar algun descanso á mi quebrantado cuerpo, y ver que mis heridas se habían mejorado un poco. Pero la completa desnudez á que me veía condenado no tardó en serme en extremo perjudicial. El dormir sobre el suelo sin abrigo de ningun género, recrudesció mis dolencias y contraí agudos dolores en todos los miembros. Vino luego el hambre; y después de haber intentado alimentarme de yerbas y raíces, hube de resignarme á comer carne chorreando sangre, á imitación de los indios. Siempre que ponía fin á tan repugnante manjar sentía desfallecer mi corazón; y trascurrió mucho tiempo antes de que me fuera posible vencer el hor-

ror que semejante género de vida me inspiraba.

¿Cuántas veces, con mi pedazo de carne cruda en la mano, y reducido á disputar cada bocado de este horrible alimento á los perros famélicos que me rodeaban, establecía mentalmente una comparación entre aquel innoble sustento y la mesa elegantemente adornada, cubierta de manteles blancos como la nieve, de ricas vajillas de porcelana y cristal, en derredor de las que los felices europeos, saboreando con indiferencia los manjares mas sabrosos y los vinos mas exquisitos, se entregan á ingeniosas conversaciones y placenteros proyectos!..

En qué manos caí.—Los indios de las pampas de la Patagonia.—Identidad de sus idiomas, creencias religiosas y género de vida.—Costumbres y trages.—Comidas.—Oraciones.—Embriaguez.—Ejercicios y trajes de ambos sexos.

En la época en que *el sol no se ocultaba en los dominios de los monarcas españoles*, las vastas llanuras que se estienden entre Buenos-Aires y el estrecho de Magallanes por un lado, y entre el Atlántico y el pie de los Andes por otro, eran consideradas como parte del vireinato del Plata, aunque la mayor parte de los nómades que las ocupaban, vivían entonces como ahora libres de todo yugo. En la actualidad, una línea angulosa, determinada al Este por la cordillera de Médanos y el Rio-Salado, al Norte por el Rio Quinto, el Cerro Verde y toda la corriente del Diamante, que sube hasta el fondo de los Andes, forma el límite comun de la Confederación Argentina y de la Pampa independientemente. Al Sur del Rio-Negro empieza la Patagonia.

Tres años de forzosa permanencia en aquellas regiones me pusieron en el caso de conocer tres diferentes grupos de población, cada uno de los cuales corresponde á una división natural del suelo. En la zona oriental, que se estiende desde el rio Salado al rio Negro, viven los pamperos propiamente dichos, divididos en siete tribus.

La region cubierta de árboles que se estiende entre los lagos de Bevedero y de Urre-Lafquen, como tambien á lo largo de las corrientes que desde el segundo de dichos lagos suben hasta el rio Diamante, es la tierra de tránsito de los Mamuelches, que forman seis tribus llamadas Ranquels-tches, Angnecotches, Catrulé-Mamuel-tches, Guiné-Ouitrú-tches, Lonqueuil-Omitrú-tches, y Rnangneco-tches.

Por último, al Medio dia del rio Negro, rio estrecho pero profundo, cuyo curso es mas largo que el del Rhin ó el Loire, conté nueve tribus de patagones, cuyos nombres son los siguientes: 1.º poyuches; 2.º puelches; 3.º cailliechets; 4.º tchéouetches; 5.º cangnecaoué-tches; 6.º tchao-tches; 7.º Ouli-tches; 8.º dilma-tches; 9.º yakah-natches.

Inútil es decir que el género de vida de todos los

nómades se diferencia segun las numerosas variedades de la naturaleza del terreno y de la del clima. Unos, los que residen en la parte septentrional mas templada de las pampas, van medio vestidos y se resienten de la vecindad de las poblaciones chilenas y argentinas con las que están alternativamente en paz ó en guerra. Otros (los patagones) muy distantes de los primeros, no teniendo á su vista sino las orillas del mar ó la inmensidad de sus estériles estepas, viven en el estado nómade, en toda su primitiva rusticidad.

La tribu á cuyas manos me entregó mi aciago destino era la de los poyuches, que vagan por la orilla meridional del rio Negro, desde las inmediaciones de la isla Pacheco hasta el pie de las Cordilleras.

Todas las tribus de aquellas regiones, y hasta los araucanos (indios chilenos que viven á semejanza de los cristianos), hablan la misma lengua desde el estrecho de Magallanes hasta las inmediaciones de Mendoza, San Luis, Rosario y Buenos-Aires. No obstante, respecto de su idioma sucede lo mismo que respecto de todos los demás, es decir, que en él se encuentran diferentes dialectos que es fácil entender cuando se conoce la lengua madre. Esta se ha conservado casi pura en la Pampa, entre los araucanos y los mamuelches (tribu de los países cubiertos de vegetación).

Una parte de estas tribus vive del saqueo: son los pamperos, los mamuelches y los puelches (tribu patagóna).

Las otras no tienen mas recursos que los que les ofrecen la naturaleza y su astucia: son por lo regular muy pobres, pero sobrellevan con entereza su miseria y las estrecheces á que los condenan las malas estaciones.

Las frecuentes invasiones que verifican los indios en todas las fronteras de las repúblicas del Plata y Chile tienen por principal objeto entorpecer las negociaciones de los cristianos y saquearlos para enriquecerse con animales ya en estado de serles útiles, para no verse obligados á domarlos por sí mismos, y tambien vengarse de la pobreza á que los han reducido los europeos al apoderarse de su territorio. Han jurado un odio implacable á todos los blancos, á quienes matan de la manera mas bárbara, no perdonando sino á los niños y las mujeres jóvenes, á las que condenan á un afrentoso cautiverio.

Las creencias de todos esos salvajes son idénticas como su idioma; reconocen dos dioses ó seres superiores, el del bien y el del mal. Admiran y respetan al poder que representa el bien, pero ninguna idea fija tienen acerca del lugar en que habita.

Por lo que respecta al poder que representa el mal, dicen que rueda por la superficie de la tierra y dirige los espíritus malélicos; denominanle *Gualichu*, esto



es, «causa de todos los males de la humanidad.» Hay también entre ellos adivinos de ambos sexos que predicen el porvenir; pero sus pretensiones de ver hasta en las entrañas de la tierra, se van perdiendo de día en día.

No tienen sacerdotes. Los padres y las madres transmiten su religión á sus hijos.

Nunca uno de estos indios bebe ni come sin ofrecer de antemano á Dios la primera parte. Vuélvese al efecto hácia el sol, mensajero de Dios, cortando un poco de carne ó vertiendo un poco de agua, y acompaña esta acción con las siguientes palabras, cuya fórmula, sin ser fija, varía muy poco:

*¡Oh! Padre, gran hombre, rey de esta tierra, hazme el favor, querido amigo, de darme todos los días un buen alimento, buena agua y buen sueño.—Yo soy pobre; ¿tienes hambre? Toma, hé aquí un miserable sustento; come si quieres.*

Después de haber comido prepara un poco de tabaco con estiércol de caballo ó de vaca; llena con él una pipa de piedra, labrada por su mano, se tiende boca abajo y aspira siete ú ocho chupadas seguidas para no arrojar el humo por la nariz sino cuando ya le es imposible retenerlo por más tiempo. Causa entonces espanto mirarlo. Sus ojos se mueven hasta el punto de no verse en ellos sino el blanco, y de tal manera se dilatan que parece van á saltar de las órbitas; escápase la pipa de los labios; que ya no pueden sostenerla; abandónale las fuerzas; queda sumido en una embriaguez parecida al éstasis, y agitado por movimientos convulsivos que le hacen roncar estrepitosamente, al mismo tiempo que la saliva sale á borbotones de sus labios entreabiertos, y sus pies y manos se estremecen con un movimiento semejante al de un perro cuando nada.

Este abominable estado de voluntario embrutecimiento constituye la felicidad de los indios y les inspira gran respeto, pues se abstienen de molestar al fumador, á quien llevan agua en un asta de buey, que ponen en el suelo á su lado. Su dios, según costumbre, participa de este placer, porque le ofrecen previamente tres ó cuatro chupadas, á las que acompaña una oración mental.

Luego que el fumador ha bebido el agua que le han llevado, da media vuelta sobre sí mismo, y se tiende de espalda para entregarse momentáneamente al sueño; las mujeres y los niños toman también parte en este brutal placer, sin que á nadie le ocurra la idea de contrariarlo.

Ora viven en las inmediaciones de los hispano-americanos, ora en las soledades de la Patagonia, bajo los primeros estribos cubiertos de vegetación de las Cordilleras, ora en el desnudo y alcalino suelo de la Pampa, todos esos nómadas tienen un género de vida casi uniforme; sus ocupaciones son la caza,

el pillaje, el cuidado de sus animales domésticos, la equitación y el manejo de la lanza, las bolas, la honda y el lazo. La mayor parte de los pampeanos tiene hoy utensilios de cocina recogidos en sus escursiones espoliadoras, que les sirven para la preparación de sus viandas. Las mujeres á quienes está confiada esta tarea se abstienen de hacer cocer demasiado los alimentos; ponen agua en una vasija, la calientan é introducen en ella pedazos de carne que, no bien empiezan á blanquear se retiran inmediatamente del fuego como bastante cocidos, y luego se comen echándoles un poco de sal, porque conocen el uso de este condimento. En las tribus sometidas se ve á los indios comer carne bien asada ó bien cocida; pero, no obstante, consideran, á imitación de los del interior, como un regalo el devorar crudos el pulmón, el hígado y los riñones de todos los animales, cuya sangre beben además, caliente ó cuajada.

Las habitaciones son tiendas de pieles, que aquellos salvajes trasportan en sus emigraciones. Su trage se compone de una pieza de un género cualquiera en cuyo centro practican una abertura por la que meten la cabeza; otra pieza de pequeñas dimensiones les rodea el talle; ciñe su cabeza una tira de tela que mantiene sus cabellos separados por delante, y que les caen abundantemente sobre los hombros. Arráncanse con el mayor esmero todo el vello de su cuerpo, sin perdonar las cejas, y se pintan la cara con tierras volcánicas que les llevan los araucanos en sus visitas anuales. Los colores que al efecto emplean varían según los diferentes gustos; pero los que más dominan son el negro, el encarnado, el azul y el blanco.

Las mujeres se rodean la cintura con un trozo de un género fabricado por ellas con lana de carnero, cuando no tienen algunos pedazos de tela procedentes de las razzias de sus maridos. Este vestido les cubre por lo general desde los hombros hasta más abajo de las rodillas, y se parece á una especie de funda, de la que salen cabeza, brazos y piernas sin armonía y sin arte. Este trage se sujeta por arriba con un broche de plata, cuya gran cabeza redonda y plana se asemeja al fondo de una cacerola bien estañada. A la altura de las caderas, un ceñidor de piel, adornado con dibujos de diferentes colores y fuertemente apretado, acaba de sujetar el vestido. A imitación de los hombres se rapan todo el cuerpo, incluso las cejas, y se pintan la cara, cuyo extraño y duro aspecto está realzado con un adorno de perlas groseras, especie de redecilla que mantiene sus cabellos separados en dos trenzas muy largas que les llegan á la cintura. Unos pendientes cuadrados muy grandes acaban de adornarlas, según su gusto; las más jóvenes llevan también en las muñecas y encima de los tobillos unos braceletes fijos hechos de perlas gruesas de

muchos colores, ensartadas en fibras que sacan de la carne. La mujer, bajo su aspecto físico se parece mucho al hombre; hay no obstante algunas menos feas, y son las que proceden de las razas india y cristiana, cautivas en su mayor parte.

Las mujeres son tan diestras en el manejo de la lanza, las bolas y el lazo como los hombres; y como ellos saben montar á caballo.

Aunque poco elevada la cifra de la población de que hablo, sobre todo relativamente al inmenso espacio que ocupa, esta cifra, que no pasa seguramen-

te de 40,000 almas, disminuye de año en año: este hecho se advierte principalmente en las tribus del Norte, en los pampeanos propiamente dichos, entre los cuales las mujeres están en minoría á causa de las guerras de esterminio que les hicieron los Gauchos de Rosas, hace treinta años. Reducidos á buscar su salvación en la fuga, los indíjenas se refugiaron cerca de las Cordilleras que rodean á Chile, en las inmediaciones de los araucanos, entre los cuales permanecieron la mayor parte de sus mujeres. El corto número de las que se mantuvieron fieles se



M. Guinnard pide protección al cacique Calucura.

halló lejos de bastar á los pampeanos cuando volvieron á habitar las antiguas tierras de sus escursiones; y no obstante el número de cautivas que hacen con frecuencia, el término medio es actualmente una mujer por cinco hombres; entre los araucanos, por el contrario, las mujeres están en mayoría. Las costumbres de los pampeanos autorizan la posesión de muchas mujeres; de lo que resulta que los más ricos poseen cierto número, al paso que la mayor parte, demasiado pobre para permitirse el lujo de tener una compañera, permanece célibe.

Aspecto de las pampas.—Mis ocupaciones de esclavo.—La caza.—El juego y la embriaguez entre los indios de la Patagonia.

Por lo poco que acabo de esponer se comprenderá que los nómadas de las Pampas son dignos del suelo que habitan.

Nada más triste que esas vastas llanuras cuya soledad animan únicamente de largo en largo trecho los rebaños de los indios y algunos grupos nómadas de los que se dejan reconocer desde lejos por sus lanzas adornadas con plumas de nandú (avestruz americano). De día, el agudo chillido de alguna ave de rapina que se arroja sobre un cadáver en putrefacción, ó bien de noche, el rugido del puma y del jaguar hambrientos: tal es, con el mugido de los vientos, la armonía de las pampas.

Mucho tiempo me costó habituarme á la vida de esclavo. Mi posición se agravaba además con la imposibilidad en que me hallaba de comprender lo que me decían los hombres de quienes dependía mi destino, y que castigaban mi ignorancia con malos tratamientos. No podía dar un paso sin verme seguido de uno ó muchos indios; si estaba más triste que de ordinario me amenazaban con voz y ademanes, ima-



ginando que proyectaba fugarme; y hasta de noche venían á tocarme para cerciorarse de mi presencia. Llegó al fin un momento en que hube de tomar parte en sus trabajos, que consistían en montar á caballo para guardar sus rebaños, cargo que me fue dado hasta nueva orden. Erame preciso permanecer sin cesar cerca de los animales, y llevarlos mañana y tarde á su presencia para que los contasen; y si por desgracia faltaba uno, no se hacían esperar los malos tratamientos. Cuando aprendí á manejar convenientemente un caballo y las armas indias, me hicieron tomar parte en la caza del nandú y del guanaco, ejercicios que mas adelante llegaron á ser para mí una verdadera distracción.

La principal ocupación de los indios es la caza, á la que se entregan todo el año, pero lo hacen con mas ahínco en los meses de agosto y setiembre, primavera del hemisferio meridional, con el doble objeto de procurarse piezas jóvenes y huevos de perdiz y avestruz. La caza se destina particularmente al alimento de los niños, y los huevos se comen en común en la familia; los abren como se hace con un huevo pasado por agua; los ponen derechos sobre unas ascuas preparadas con estiércol de vaca, y mezclan la yema y la clara á medida que se verifica la cocción. Para cazar el avestruz y el gama, se reúnen en gran número y dan una batida en un espacio de dos ó tres leguas. Cuando cada cual ocupa su respectivo puesto, todos marchan lentamente, á una señal dada, hácia el centro del círculo que forman, hasta que la distancia que los separa solo es de unos 12 á 16 metros. Detienen entonces con las bolas en la mano. A sus gritos, los perros que los acompañan se lanzan para acosar á los avestruces y gamas cercados de esta suerte, y que, al intentar huir pasan por entre los pequeños espacios que dejan los cazadores, á fin de poder arrojar multitud de bolas que pocas veces yerran el golpe. Los animales cogidos son desplumados con increíble destreza, lo cual permite á los cazadores continuar su ejercicio hasta el momento en que el círculo se estrecha de tal manera que reúne la masa de los indios. Pocas veces vuelven estos á sus hogares sin haber cazado siete ú ocho piezas.

Los indios cheuelches, una de las tribus patagónicas, aunque no cuentan con el auxilio del caballo, no son, sin embargo, menos hábiles cazadores, pues verifican á pie la misma maniobra que los demás.

Los hombres y las mujeres de edad avanzada se encargan del trabajo de desplumar y trasportar á hombro el producto de la caza, que consiste en camellos de corta alzada, en gamas y avestruces cogidos con el lazo, ó alcanzados por la bola, ó heridos por las flechas.

A cada vuelta de sus cacerías se entregan los in-

dios á sus dos pasiones favoritas: el juego y la embriaguez.

Los indios son, á pesar de su grave aspecto, frénéticos jugadores.

En ciertas tribus próximas á los hispano-americanos juegan con baraja, pero ninguno de ellos deja de ser un redomado taur, pues saben hacer señales casi imperceptibles en los ángulos de cada naípe. Merced á su excelente vista, sin mas que barajar, distinguen las cartas buenas de las malas, y son tan astutos en el modo de repartirlas, que se reservan siempre las primeras. El que es mano se considera como legítimamente ganancioso, á causa de las dificultades que le ha sido preciso vencer para atrapar á su adversario, ya un par de estribos, ya un par de espuelas de plata.

Los otros juegos que les son peculiares y mas usados entre ellos son el tchoecah ó *wiguu* y los dados (juego de negro y blanco).

En el juego del tchoecah, cada hombre, armado con una caña encorvada en una de sus estremidades, con el cuerpo enteramente embadurnado de colores, con los cabellos levantados y sujetos con una tira de tela, elige por contrario á uno de sus congéneres, dispuesto á aventurar una puesta igual á la suya: un partido coloca su puesta á un lado, y el otro al opuesto. La longitud del palenque se calcula con arreglo al número de los jugadores, que ocupan su puesto por parejas situadas una en frente de otra; y se coloca una bolita de madera entre las dos que forman el centro de la línea. Estas cruzan sus cañas, apoyando su estremidad curva en el suelo, de modo que al tirar con fuerza de ellas cada una hácia sí, hacen saltar la bola cogida entre las partes encorvadas. Una vez lanzada al air, la lucha se reduce á cogerla al vuelo, ya para darle un nuevo impulso con la caña, de la que se valen como de una raqueta, ya para desviarla, haciéndola tomar una dirección opuesta á la que procura imprimirle el bando contrario. Si el jugador que en interés de su partido debe empujarla hácia la derecha la empuja hácia la izquierda, queda inmediatamente obligado á tirarse de los pelos con el primero que se presenta de los perjudicados por su torpeza.

No hay para qué decir que pocas veces se verifican estas diversiones sin que haya fracturas de piernas y brazos, ó cabezas terriblemente descalabradas. Paso en silencio los sendos latigazos que los jueces del campo descargan desde lo alto de sus caballos sobre los combatientes fatigados, con el laudable propósito de restituirles la fuerza y el vigor.

El juego de los dados, ó por mejor decir, el juego de blanco y negro, se compone de ocho cuadraditos de hueso ennegrecidos por un lado, y se juega entre dos. Entre los jugadores se estiende un cuero, á fin

de que sus manos puedan asir fácilmente de una sola vez los dados, que vuelven á dejar caer con gritos desaforados, y dando palmadas á fin de aturdirse mutuamente. Siempre que el número de negros es par, el jugador puede volver á empezar hasta hacerlo impar; y entonces, el contrario juega para que sea par. La partida, como se ve, podría durar eternamente; pero uno de los dos, cansado y aturrido, es víctima del otro, que dotado de mas sangre fría, marca muchas veces doble sin que su contrario lo advierta, y le gana. Grandes dispuestas se traban antes de terminar la partida, porque durante las tres cuartas partes del tiempo el que pierde se resiste á dar el objeto perdido.

Sin escepcion de tribu, rango, sexo ó edad, todos los indios son aficionados á la embriaguez; los que pueden procurarse bebidas alcohólicas hacen frecuente uso de ellas, sin el menor detrimento de su salud. Sométense fácilmente á un viaje de quince ó veinte dias para ir al establecimiento hispano-americano mas próximo donde pueden penetrar sin temor, á cambiar cueros de diferentes clases y plumas de avestruz por tabaco (pitrem) y bebidas (pulcu). Para el transporte de los licores suelen emplear pieles de carnero, á los que desuellan con gran destreza por el cuello, de modo que hacen de ellas odres de los que no puede escaparse ni una sola gota. Sirvense tambien al efecto de pieles de muslo de avestruz, pero prefieren las de los carneros, porque tienen mucha mas capacidad, y resisten mejor el galope del caballo á que van fuertemente atados.

A su regreso, y no bien las mujeres descargan los caballos, reúnen una turba numerosa para participar de la orgía y de la distribución que se verifica de tabaco. No obstante, la costumbre de repartir lo que poseen no es estrictamente obligatoria, pues algunos no se muestran tan generosos, y no por ello son objeto de vituperio. A pesar del excesivo calor que allí reina, hombres y mujeres beben con gran frecuencia y copiosamente. Cuando la embriaguez llega á su colmo, se vuelven furiosos y luchan entre sí sin distinción de sexos, si se pronuncia la palabra *cristianos*; estos desórdenes cesan á duras penas cuando algunos, menos ébrios ó mas razonables, consiguen desarmar á los combatientes, que concluirían infaliblemente por matarse unos á otros. Por espacio de muchos dias y sin interrupción aquella gente bebe del mismo modo, hasta que falta líquido.

Algunas veces transcurre mucho tiempo sin que los patagones puedan procurarse *pulcu* ó bebida de cristianos; pero esto no les impide embriagarse, porque si la naturaleza del suelo les priva de ciertos frutos que muy bien pudieran hallarse en aquellos dilatados campos, les da en cambio dos muy impor-

tales: el piquinino y el algarrobo, muy conocidos en América.

El algarrobo tiene el aspecto de una vaina de habichuela, y contiene una semilla muy dura. Este fruto, cogido en sazón, machacado entre dos piedras y metido en una bolsa de cuero donde se cubre de agua, les da, por la fermentación, una bebida con la que se embriagan á mas no poder, aunque les ocasiona terribles cólicos y les produce estrañas contracciones nerviosas. Comido en su estado natural, este fruto tiene un sabor ácido y parece muy azucarado; pero algunos momentos despues, una ardiente sequedad abraza la boca hasta tal punto, que trascurren muchos dias antes de que se pueda comer sin dolor.

El *trulca* ó piquinino es un pequeño fruto rojo ó negro, de forma ovalada y del tamaño de un guisante; es muy agradable y dulce. El arbusto que lo produce es sumamente frondoso; sus hojas son numerosas, pero por demás pequeñas; además, así las mas grandes como las mas pequeñas están erizadas de numerosas espinas, que son un obstáculo para coger los frutos. El medio que para conseguirlo emplean los indios es muy sencillo y cómodo, pues estienden al pie del arbusto un pellejo sobre el que van cayendo los frutos á medida que sacuden ligeramente cada rama con un palo. Despues de pasar esmeradamente el *trulca* por la criba, lo meten en sacos de cuero que suspenden á cada lado de sus caballos. Al movimiento del galope, estos frutos se convierten en una pulpa, y dan un jarabe de color de vino; y luego el conjunto se trasvasa á un cuero á propósito para contener gran cantidad. Cuando se ha efectuado la fermentación, se obtiene un líquido delicioso que los patagones beben con inesplicable placer; sus cabezas se calientan, pero sus vísceras no sufren daño alguno, al paso que el fruto comido en gran cantidad ocasiona una irritación que los indios se curan tragando mucha grasa de caballo.

Los patagones guardan dos fiestas religiosas: la primera, que se celebra en verano, está consagrada al dios del bien (Vita-ventru); la segunda, que se verifica en otoño, tiene por objeto honrar al dios Huancuvu, que rige los espíritus maléficos.

Cuando se celebra la primera de estas festividades, reúnen todos, obedientes al consejo que les dan sus respectivos caciques. Los preparativos se hacen con toda la pompa religiosa de que son capaces, embadurnándose de grasa los cabellos y pintándose la cara con mas esmero que de costumbre. Sus vestidos se componen, durante aquellos solemnes dias, de todos los objetos que han robado á los cristianos, y que conservan para este objeto con el mayor cuidado. Unos lucen una camisa que procuran dejar flotar sobre las mantas que les rodean la cintura; otros, no teniendo camisas, obstentan orgullo-